

MIGUEL MORAN TURINA

La imagen del rey

Felipe V y el arte

NEREA

Indice

INTRODUCCION	11
CAPITULO 1: El retrato real	21
CAPITULO 2: Del rey guerrero al príncipe pacífico	39
CAPITULO 3: Felipe V en los jardines de La Granja	59
CAPITULO 4: Los palacios de Madrid	73
CAPITULO 5: La decoración del Palacio Nuevo	87
EPILOGO	109
NOTAS	113
BIBLIOGRAFIA	141
LISTA DE ILUSTRACIONES	147
INDICE ANALITICO	149

Introducción ¹

Cuando Felipe V llegó a España para ocupar el trono vacío de Carlos II, muchos españoles vieron en él la anhelada posibilidad de regeneración que necesitaba el país. Noventa años más tarde, José Cadalso podía afirmar que aquella regeneración estaba ya en marcha, y que el relevo dinástico y el abandono de la política belicista de los Austrias eran los factores que habían hecho posible la transformación. La alegoría pintada por Henri de Favanne en la que Felipe V arrojaba de sus estados los *monstruos* que amenazaban España y ensombrecían el horizonte de su gobierno se había hecho realidad (fig. 20).

Para la opinión española del siglo XVIII, los Borbones eran la alternativa posible y necesaria a la decadencia de los Austrias. Con una falta de rigor histórico comprensi-

ble y con una actitud excesivamente maniqueísta, atribuyó las causas de la nueva prosperidad que iba a conocer España al cambio de orientación que experimentó la marcha del Estado, sin darse cuenta de que durante los últimos años del reinado de Carlos II empezó a producirse un saneamiento económico sobre el que descansó en gran medida la riqueza del siglo siguiente, ni de que muchas de las reformas llevadas a cabo por Felipe V y sus ministros estaban ya en el ánimo de equipos de gobierno anteriores que, sin embargo, no tuvieron a su disposición las inmejorables posibilidades que se le ofrecieron al primer Borbón. Y el propio Felipe V, alentado por los consejos de su abuelo, el Rey Sol, y las críticas de éste a Carlos II, se sintió también a sí mismo como alternativa, acometiendo desde el primer momento profundas reformas en la organización del Estado y de la Corte.

Sintiéndose más como sustituto que como continuador de Carlos II, el rey toleró —cuando no alentó— las críticas contra la dinastía anterior ² y rompió muchos de los lazos que le unían a ella ³, buscando dar una imagen de sí mismo —y de la monarquía que encarnaba— radicalmente distinta a la de su inmediato antecesor en el trono. En este sentido, resulta sumamente significativo que, durante el reinado de Felipe V, el monasterio de El Escorial sea al principio la menos visitada de todas las residencias reales ⁴ y que el rey mande construir un nuevo palacio, el de La Granja, para convertirlo en su residencia favorita (lám. 5).

Y ello por varias razones. Había, indudablemente, razones de gusto: a cualquier francés de principios del siglo XVIII —y el mariscal Tessé no constituía una excepción— le resultaba chocante concebir que un edificio

como el de El Escorial, aislado en medio de un paisaje desértico —y así es como lo pintó Houasse (lám. 4)— y sin grandes jardines, fuera un palacio real ⁵. Pero había también razones de tipo político mucho más poderosas: El Escorial era el *Sancta Sanctorum* de los Austrias y el símbolo más preciso de la monarquía austríaca, y estas mismas razones fueron las que hicieron que Felipe V, marcando la distancia que le separaba de una monarquía, para él, extraña, prefiriera ser enterrado fuera de la cripta de San Lorenzo, en un nuevo panteón ⁶.

Austrias y Borbones coincidían, al menos en teoría, en la necesidad de que la majestad real se manifestara en medio de un entorno adecuado, suntuoso y brillante, gracias a los encantos del arte y del esplendor de las ceremonias cortesanas. En este sentido, las palabras de Alonso Núñez de Castro: «no puede negarse que los Palacios suntuosos, ya en la hermosura de la fábrica, ya en la riqueza de los atabíos, son adorno que hacen plausible la Magestad» ⁷, resultan prácticamente intercambiables con las de Bosuet y con la oración que aún seguía rezando la Iglesia con motivo de la coronación de los Reyes de Francia: «Que la majestad y la gloriosa dignidad del palacio hagan resplandecer ante los ojos de todos el gran brillo de la potencia real, de suerte que su luz, como la de un relámpago, brille en todas partes» ⁸.

Y por lo mismo, Austrias y Borbones, Felipe IV y Luis XIV, se lanzaron cada uno en su país a un vasto programa de mecenazgo y protección artística al mismo tiempo que a una revisión profunda de las ceremonias de la corte. El fin era el mismo, las ideas similares, pero los medios distintos. Felipe IV protegió a los artistas y adornó sus palacios con una de las mejores colecciones pictóricas